

porque en sus grandes paredes están pintadas á grandes rasgos las diferentes partes del globo, llegais al salon que encierra las célebres tapicerías del Vaticano, hechas por los cartones de Rafael. Si se admira el génio que creó aquellos maravillosos dibujos, ¿cómo no pagar un justo tributo de reconocimiento al gran papa, cuya mirada penetrante supo conocer el génio de Sanzio, y cuyos reales favores recompensaron sus nobles trabajos? Un día llamó Leon X á su artista querido: "Sanzio, le dijo, quiero adornar las paredes del Vaticano con tapicerías semejantes á las que Florencia ejecuta con tanta superioridad; dibújame algunos asuntos propios para inspirar al obrero."

Seis meses despues, hé aquí lo que pasaba en el Vaticano: El pueblo romano, prendado del amor á las letras y á las artes, se habia precipitado al palacio pontifical para oír los versos de Accolti. Le aplaudian, le arrojaban coronas al poeta cuando la escalera resonó con pasos de hombres; el papa se sonrió en señal de inteligencia: "Es Rafael que llega." Rafael, gran señor, gracias á las bondades de Leon. Ante él se inclinan los guardias del palacio; avanza rodeado de un cortejo de pajes, radiantes de juventud y de belleza. Al verle, se forma una doble hilera; una de los cardenales y de los romanos nobles, y otra de teólogos y de sabios; y el artista pasa por en medio con aquella gracia que le es peculiar. Dobla la rodilla y besa el anillo del pescador. Sanzio trae doce cartones en los cuales ha representado los rasgos principales de las *Actas de los Apóstoles*; cada uno de los cartones está rodeado de una franja en claro oscuro, en la cual ha colocado el pintor algunos acontecimientos de la vida de Leon X. A vista de estos maravillosos diseños en que Rafael, para agradar á su protector, habia gastado todo lo que tenia de imaginación y de

génio, reinó entre los espectadores uno de esos grandes silencios en que parecen suspenderse á la vez el alma y la sangre; luego, repentinamente, volviéndose las miradas de los cartones al pintor, el papa exclamó: "¡Divino!" y todos los asistentes repitieron la misma exclamación: ¡Divino! 1

Otras maravillas nos esperaban en la ala izquierda del Vaticano que mira á la ciudad. Construida por Rafael mismo, es la feliz depositaria de las pinturas y de los adornos hechos por la mano ó bajo la dirección del príncipe de los artistas. En el segundo piso es donde los *Aposentos de Rafael* dejan admirar sus obras inmortales. El mismo, en escultura de mármol, reina en aquellas galerías, como un rey en sus Estados, y yo podría decir que casi como un dios entre sus criaturas. Los innumerables arabescos que se ven á lo largo de las pilastras y en los frisos, revelan la mano brillante que sembraba las obras maestras como jugando. Cincuenta y dos frescos ejecutados, segun sus dibujos, por Carabaggio, por Julio Romano, el más ilustre de sus discípulos, etc., reproducen los principales rasgos del Antiguo Testamento. El que representa *al Padre Eterno disipando el caos*, es todo de mano de Rafael. Las obras de este maestro por excelencia, abundan en las otras partes del Vaticano, y sobre todo en las Cámaras,

1 M. Adin, *Vida de Lutero*, t. 1, p. 207.— Se conoce la historia de estos maravillosos cartones, la obra más perfecta de Rafael, si creemos en un juez tan ilustrado como Richardson que dice haber pasado aquellos, de manos de obreros flamencos á las de Carlos I, rey de Inglaterra. A la muerte de este desgraciado monarca, fueron puestos en venta y se adjudicaron á Cromwell. Luego fueron olvidados y despues se hicieron juguete de algunos obreros que los cortaron para copiarlos más fácilmente, al advenimiento de Guillermo III; y en fin, bajo el reinado de un príncipe ilustrado fueron puestos bajo cristales y expuestos, como preciosas reliquias de arte, á la adoración de los artistas que van en peregrinación á visitarlos en Windsor. (Richardson *Traído de la pintura*, t. 3.º, p. 459.)

que llevan su nombre. Citaré solamente el incendio del *Barrio del Espíritu Santo*, poética representación del incendio de Troya; la *Escuela de Atenas*, á donde el pintor nos traslada para oír las doctas lecciones de Platon y de Aristóteles; el *Parnaso*, con Apolo rodeado de las nueve musas; *San Pedro en la prision*, en los momentos en que el ángel hizo caer al suelo sus cadenas.

Despues de todas aquellas obras maestras y otras muchas de Julio Romano, de Andrés Pacchi, del Poussino, del Güido, de Pablo Verones, del Perujino, del B. Angélico de Fiesola, etc., que habian causado nuestra admiración, nos quedaba por ver el salon que debia agotarla 1. Esta galería solitaria solo contiene cinco cuadros, y es por esto la más rica del universo. Entrando á la derecha está la *Madona di Fuligno*, obra maestra de Rafael, que representa á la Virgen Santa con muchos santos; más léjos, la *Coronación de Maria* despues de su Asunción, segunda obra también del mismo pintor; en el frente, el mismo asunto en un cuadro, pintado por Rafael y dibujado por Julio Romano; en el fondo, la *Comunion de San Jerónimo* del Dominiquino; por ún, volviéndose hácia la derecha, se extasia uno delante del primer cuadro del mundo, la *Transfiguración*, del divino Rafael. En esta sublime composición, el espíritu, el corazón, el pincel de Rafael, todo es cristiano. ¡Que no hubiera sido siempre el mismo!

La historia de esta obra capital es tal vez el episodio más interesante de la vida del ilustre pintor. Sebastian del Piombo fué por un momento rival de Sanzio, cuyo génio admiraba más que nadie. Un día el artista Piombo presentó al papa el bosquejo del Lázaro, cuyo dibujo habia hecho

1 Esto sea dicho con las reservas que tengo expresadas de Florencia, y que repitió en Roma, relativas á la escuela moderna.

Miguel Angel y al cual debia revestir Sebastian del colorido cuyo secreto habia arrancado á Vecelli el veneciano. ¡Dos hombres para vencer á Rafael! Miguel Angel y Sebastian del Piombo; el uno creando el pensamiento, imaginando el drama el otro dándole vida.

*La resurrección de Lázaro*, obra de los dos maestros, era el desafío provocado al favorito de Leon X. Sanzio se sintió con valor para luchar con tales hombres. Tomó su pincel, se encerró durante algunas semanas, renunció al papa, al Vaticano, y á sus amigos, para trabajar en su obra.

Llegó muy pronto el día en que debian juzgarse las dos composiciones, pero á la vista de la *Transfiguración*, Roma arrojó un grito de sorpresa y de admiración y repitió con Mengs: "Este es el tipo del bello ideal, el parangón del arte, la obra maestra de la pintura, el esfuerzo más sublime del génio del hombre." Sebastian del Piombo se confesó vencido, ¡pero qué derrota!

Tal fué nuestra primera visita al Vaticano. ¡Qué decir, al salir de aquel palacio encantado, en donde el génio humano, elevado á su mayor poder, brilla y se refleja por todas partes, formando en sus múltiples manifestaciones, como una visión de un mundo superior que os absorbe y os encanta? Las palabras espiran en los labios; no se sabe qué opinión formar. ¡Ah! ¡Ojalá y puedan ver los museos del Vaticano y comprender el pensamiento que los formó, todos aquellos hombres extraviados que acusan á la Iglesia romana de ser enemiga de las luces! ¡Tal vez cambiarían de lenguaje, al admirar todo lo que han hecho y todo lo que hacen todavía los pontífices por la conservación de los monumentos antiguos y por el progreso de las ciencias y de las bellas artes! Hé ahí el primer deseo que se escapó de mi corazón

1 Véase la *Vida de Lutero*, por M. Adin; t. 1.º, p. 268.



de sacerdote y de católico: ¡Cuándo se tendrá voluntad de revisar el proceso formado á la Iglesia romana por la reforma, y de hacer justicia al papado, cesando de hacer mentir á la historia! Tal fué mi segundo deseo.

Tres siglos ha que el protestantismo no cesa de exclamar en alta voz: "Yo soy el emancipador de la razon, el salvador de la ciencia, el propagador ardiente de las luces; mia es la gloria de haber descubierto la antigüedad, de haber creado el gusto por lo bello, el celo de la investigacion y de haber encendido la antorcha del génio, que Roma apagaba; mia es la iniciativa del glorioso movimiento que arrastra al mundo de maravilla en maravilla 1.

A estas palabras pretenciosas solo les falta una cosa: la verdad. Antes de que Lutero hubiese enseñado el hebreo, ántes de que Melanchthon enseñase el griego, ántes de que Ulrico de Hutlen escribiese sus libelos, ántes de que la pintura brillase bajo el pincel de Granach, ántes de que el gusto de la antigüedad hubiese penetrado á la Germania, en una palabra, ántes de que el movimiento filosófico, literario, científico, artístico, se hiciese sentir más allá de los Alpes, más allá del Rhin, más allá de la Mancha, estaba ya en plena actividad bajo el hermoso cielo de la Italia. Cuando Leon X murió el 1º de Diciembre de 1521, el nombre de Lutero apenas era conocido hacia cuatro años: y mucho ántes de que la reforma hubiese salido de sus pañales sucios, la Italia tenia ya una epopeya. Cuando la Francia, la Alemania, la Inglaterra, la España, no contaban ningun historiador, la Italia tenia ya á Poggio Braccolini, á Leonardo Aretino, á Bernardo Corio; además, mostraba con gloria á Guicciardini, á Paulo

1 Tal es en sustancia el elogio de Lutero, pronunciado por M. de Villers y coronado en 1802 por el instituto de Francia.

Jove, génios animados por el soplo de Leon X. Cuando la Europa septentrional, llevada por la reforma, rompía las estatuas y las obras maestras de las iglesias, y laceraba los manuscritos de los monasterios, la Italia profesaba un culto ardiente y apasionado á la antigüedad y á las bellas artes. En Florencia, el pueblo con la cabeza descubierta y con ramas de Olivo en la mano, acompañaba en procesion á una Virgen de Cimabüe que se acababa de encontrar; en Ferrara los ganapanes repetian las estrofas del Orlando, y en los Apeninos, los bandidos se inclinaban en signo de respeto delante del Ariosto. En los momentos en que Lutero daba la señal de la rebelion del sentido íntimo, Bandinelli creaba el grupo del altar mayor de Santa María de la flor; Angel Policiano y Juan Picco de la Mirandola, bajaban en triunfo á sus tumbas de la iglesia de San Márcos; y Buonarotti creaba la Noche, el Dia, el Pensiero y la estatua colosal de David; Venecia, Ferrara, Milan, Bolonia, Parma, Ravenna, Florencia y Roma, cada ciudad italiana, en una palabra, se convertia en un foco de arte, de luces y de ciencias, que iba á cubrir con su red de llamas al mundo entero 1.

De este modo las fechas y los nombres propios establecen que el movimiento intelectual que salió de la Italia, y sobre todo de la Roma, de Leon X, atravesó los Alpes para dividirse, al pié de las montañas en dos corrientes, de las cuales una ganó la Alemania y la otra la Francia, de suerte que á la doble gloria de haber dado á la Europa su fe religiosa, y formado sus instituciones políticas, añade el papado la de haber comunicado el impulso científico al génio de los tiempos modernos. El sol no es más claro que este hecho: la historia lo dice; el Vaticano lo prueba.

1 Véase la *Vida de Lutero* por M. Audin, t. I, p. 256.

Esto no es bastante á fin de que la reforma ó la filosofia anticristiana no pueda nunca arrojar á la faz de Roma, el reproche tan especioso de oscurantismo; el papado va hasta tomar bajo los pontífices de la casa de Médicis los impulsos de la ciencia mundana; revive en su seno á la antigüedad profana; prodiga el oro y los honores á los que la sacan de su tumba, y despues, cuando ha impreso el movimiento, se le vé volver á entrar en su calma ordinaria y encerrarse más estrechamente en su mision religiosa. Al papa artista y literato, sucede el papa teólogo. Adriano VI á Leon X.

El papado, sintiéndose feliz al ver á las inteligencias ejercer su actividad en todas las partes de la ciencia, se contenta con dirigir su accion. Cuidadoso de dar impulso á sus esfuerzos, fiel en coronar sus buenos resultados, no es por eso méuos vigilante en reprimir sus extravíos. Reina cuando premia, y reina cuando castiga; se muestra siempre hijo del Dios de las ciencias y órgano de la verdad. Esta posieion intelectual de Roma, me parecia perfectamente representada en los tres edificios que rodean la plaza de San Pedro: á la derecha, el palacio del Vaticano; á la izquierda, las prisiones del Santo Oficio; entre ambos, la iglesia del Príncipe de los Apóstoles. El cristianismo, luz del mundo, brújula de los espíritus, reina gloriosamente en San Pedro; con su mano derecha, protege un palacio magnífico en que glorifica las ciencias, las artes, las luces; en una palabra, el génio humano en todas sus manifestaciones normales; mientras que su mano izquierda pesa sobre una prision oscura, triste, estrecha, en donde encadena al génio del error que ha querido tenazmente opacar el brillo de la verdad y retardar, extraviándola, la marcha de la inteligencia.

## 24 DE DICIEMBRE.

El Palatino.—Palacio de los Augustos.—El *Lararium*.—Templos de los dioses y de los emperadores.—Estatua de Apolo.—Cristianos de la casa de Neron.—El *Septizonium*.—San Sebastian *alla Poveriera*.—Jardines.—Forum.—Vila Palatina.—Iglesia de San Buena-ventura.—El B. Leonardo del Puerto—Mauricio.

Ayer salimos de la vieja Roma, y hoy volvemos á ella. Nos pareció interesante estudiar la vispera de Navidad los palacios de los Césares, cuyos fundamentos quebrantó desde su pesebre el niño de Bethleem. A las nueve estábamos en el Palatino. De las siete colinas, dicen los autores que ésta fué la primera habitada. Evandro fundó en ella una villa y la llamó *Pallantium*, del nombre de la ciudad de Arcadia, su antigua capital. Los cinco primeros reyes de Roma fijaron allí su habitacion. A fines de la república, estas modestas habitaciones hicieron lugar á las suntuosas casas de los Gracos, de Ciceron, de Claudio, de Catilina, de Marco-Antonio y del mismo Augusto, que nació allí el 23 de Septiembre del año 62, ántes de la era cristiana 1. Con tales títulos, la colina tomó el nombre de Palatino, *mons palatinus*, que hoy conserva todavía. Ella lo mereció mucho más, cuando los sucesores del primero de los Césares la cubrieron con sus palacios de oro y de marmol. Allí durmieron Tiberio, Calígula, Claudio, Neron, Domiciano; 2 y sus espantosas sombras parece que andan errantes entre aquellas desoladas ruinas, para despertar en el viajero el asombro y el temor.

El más imponente de todos los edificios que coronaban el Palatino, era el palacio Augustal, asiento del imperio y morada de la majestad romana, *Sedes romani im-*

1 Algunos dicen que nació en Vellétri.

2 Suet., c. 5.—Stat., *Sylv.*, lib. III.



perii 1. Este palacio modesto en su origen, aumentó muy pronto sus proporciones y se revistió de mereble magnificencia. Una soberbia escalera conducida á él desde el Forum, por el costado de la Victoria, *per divum Victoria*. En cada lado de la puerta principal, se elevaban perpetuamente dos laureles cuyos extremos al tocarse, sostenían una corona de encina. El Senado había acordado este insigne honor á Augusto, *vencedor de los enemigos y salvador de los ciudadanos* 2. Pareció bien á los sucesores de este príncipe atribuirse el mismo privilegio; y cualesquiera que fuesen sus títulos para esta distinción, no tenían que temer la oposición del Senado. Vastos pórticos de mármol de Lacedemonia y de pórfido, rodeaban la morada imperial é impedían la entrada al vulgo, pero no á los dolores y á las negras zozobras. ¡Cuántas veces sus bóvedas silenciosas, vieron durante la noche á Calígula atormentado por los insomnios de sus desórdenes, vagar como un insensato y llamar á grandes gritos la vuelta de la luz 3! Los baños, al uso de la corte con el *Lararium*, ó capilla doméstica de los emperadores, formaban el cuerpo avanzado de los edificios. Alejandro Severo ha hecho célebre el *Lararium* imperial. En la parte más íntima había colocado este príncipe, en medio de los emperadores divinizados, de los dioses y de los grandes hombres, á Nuestro Señor Jesucristo, á Abraham y á Orfeo, á los cuales iba todas las mañanas á ofrecerles sacrificios 4. Por

1 Víctor de Region.

2 Tunc decretum fuit laurum poni ante ejus oedes regias, et coronam quereeam superponi tanquam inimico rum victori et servatori civium. Dio, lib. LIII.—Plin., lib. XV, c. 30; lib. XVI, c. 4.

3 Magna parte noctis vigiliæ, cubandique tædio, nunt thoro residens, nunc per longissimos porticos vagus, invocare identidem, atque expectare lucem consueverat. Suet., c. 50.

4 Lamprid., in Alexand. Sev., c. 29 y 31.

órdenes suyas, el palacio mismo proclamó de un modo brillante, la superioridad de la moral evangélica. En una de las fachadas mandó grabar esta sentencia divina: *No hagáis á otro lo que no querriais que os hicieran á vosotros mismos* 1. Más léjos se levantaba la famosa torre de Heliogábalo, príncipe extravagante y desordenado, que había dicho: «Quiero que mi muerte misma sea magnífica.» Y á guisa de baldoso, había mandado edificar una alta torre, con pavimento de piedras preciosas, á fin de que el día que él se precipitase desde su altura, se rompiese la cabeza pomposamente 2. Véase en seguida la biblioteca Tiberiana; luego, los departamentos, revestidos de oro, marfil y diamantes, en los cuales tuvieron lugar las increíbles escenas que componen la vida íntima de los Césares.

Al rededor del palacio reinaba un círculo de templos dedicados á los dioses y á los hombres. Ved en primer lugar el templo de Júpiter Stator, cuya antigüedad lo hace tan respetable á los romanos; despues el templo de la buena Diosa, famoso por sus abominables misterios; más lejos, el *Sacrarium* de los sacerdotes Salianos. Aquí es donde los doce jóvenes patricios, instituidos por Numa, guardaban los escudos sagrados, á los cuales se creía deber la salvación del imperio, los auspicios, los cinturones de cobre, el baston augural y los otros objetos de la superstición romana 3. Por fin, el templo de Apolo, célebre por la estatua gigantesca de aquel dios, delante de la cual iban los poetas á recitar sus versos y cuya base sirvió largo tiempo para encerrar los

1 Quam sententiam adeo dilexit ut et in palatio et in publicis operibus præscribi juberet. Id. 51.

2 Fecerat et altissimam turrin, substratis aureis gemmatisque ante se tabulis, ex qua se præcipitaret, dicens etiam mortem suam pretiosam esse debere. Lamprid. in Heliog.

3 Valer., lib. VIII.

libros sibilinos 1. Este coloso, cuya cabeza se ve todavía en el Capitolio, era de bronce, y tenía lo menos cincuenta piés de altura. A los templos de los dioses se juntaban los templos de los hombres. Augusto era honrado en el templo que Livio le había erigido 2. Calígula, en el que él se había dedicado 3; en fin, todos los emperadores recibían adoraciones en un templo comun 4.

Así, Roma tenía dos panteones: el de los dioses y el de los Césares. Y apenas podrá creerse, en el Palatino, en el corazón del poder y de la superstición romana, en el palacio mismo de los perseguidores, el cristianismo naciente tuvo ardientes servidores. ¡Cristianos en la morada de Neron, es decir, la humildad y la sencillez en el centro del orgullo y del lujo, la castidad y la inocencia en un lugar de lujuria y de prostitución, la mansedumbre y la caridad en el foco de la crueldad y de los crímenes mas odiosos! ¡Qué contraste, qué maravilloso poder el del cristianismo! Estos cristianos de la casa de César, nos son conocidos por las cartas mismas de San Pablo, 5 y sus nombres queridos vinieron muy á propósito á mi memoria, para dissipar los tristes pensamientos que despierta la vista del Palatino.

¿Pero cómo pudo el Apóstol llegar á arrojar algunos granos de la buena semilla, hasta la corte misma de Neron? Hé ahí un problema, cuya solución pica vivamente la curiosidad. Los detalles siguientes, son de tal naturaleza, que podrán aclarar, al ménos en parte, este interesante misterio. El nombre cristiano era conocido en Roma, desde el tiempo de Tiberio, y se sabe que este emperador quiso poner á

1 Suet. in Aug., c. 31.

2 Plin., lib. XII.

3 Suet., in Calig., c. 22.

4 Suet., in Galb.—Vopisc., in Tacit.

5 Salutant vos omnes sancti, maxime autem qui de domo Cæsaris sunt, Philipp., IV, 22.

Nuestro Señor en el número de los dioses. San Pablo había recorrido en su predicación las principales ciudades del Asia, y había permanecido diez y ocho meses en Corinto. Los judíos, que se mostraban por todas partes sus encarnizados enemigos, lo arrastraron ante el tribunal de Gallion, entónces procónsul de la Acaia, acusándole de enseñar una doctrina contraria á la ley 1. Aquel magistrado romano Junius Ananus Gallio era el hermano mayor de Séneca, preceptor de Neron 2. El gobernador oyó hablar inevitablemente y con frecuencia, de aquel judío enérgico y elocuente que se formaba numerosos prosélitos y cuyas doctrinas agitaban su provincia. Como hombre instruido, es de presumirse que en su correspondencia; Gallion, habló á su hermano de aquel predicador de una filosofía nueva y sublime, y es de suponerse que la reputación de San Pablo, conocida de este modo por Séneca, le inspirase el deseo de conocerle. Por esto los mejores talentos ponen fuera de duda, las relaciones del Apóstol con el preceptor de Neron, 3 durante su permanencia en Roma.

No es esto todo. Cuando llegó San Pablo á Roma, fué enviado, segun costumbre, con los demás prisioneros al prefecto del pretorio. No puede dudarse de que le fué presentado, acaso más de una vez, porque el Apóstol esperó su sentencia dos años. Además, en estas audiencias, como en las de Félix y de Festus, y como en su prisión misma, Pablo no dejaba de anunciar el Evangelio. «Yo estoy preso,» exclamaba él, «pero la palabra de Dios no está encadenada, aunque mis cadenas son conocidas en todo el pretorio 4.» El

1 Act., XVIII, 1, 17.

2 Tacit., Annal., VI, 3; XV, 73.—Dio Cass., Hist. Rom. LX, 688; LXI, 699.

3 Véase Memorias Ecl., por M. de Greppo, p. 88.

4 Philipp., 1, 13.



prefecto del pretorio era entonces el célebre Afrianus Burrhus, asociado con Séneca en la educación de Neron. Participó largo tiempo con él del favor ó de la confianza del tirano, y parece que estos dos hombres de Estado marchaban bastante de acuerdo. Las relaciones que entre ellos existían, no permiten dudar de que Burrhus debió haber hablado á Séneca de aquel cautivo tan notable, y debió haberle inspirado el deseo de conocerle, proporcionándole para esto los medios que por otra parte no eran difíciles, atendiendo al celo del Apóstol, dispuesto de antemano para tales entrevistas 1.

Así se explican sin esfuerzo las entradas de San Pablo al palacio imperial. Su palabra, entendida, comentada, discutida, ya por las guardias de Burrhus ó por Burrhus y Séneca, y por los cortesanos y los oficiales que asistían á los interrogatorios, encontró corazones dóciles. Entre las gloriosas conquistas que hizo en la corte, se cita entre otras la de los santos mártires Tarpés y Evellius. El primero era uno de los grandes oficiales del emperador 2. Apenas supo Neron su conversión, cuando le mandó sacrificarse á los dioses, pero se negó á ello y al punto fué azotado con varas, extendido en la rueda y espiró, mostrando hasta su fin una serenidad en su rostro que sobrecogió de admiración á todos los testigos de aquella escena. De este número era Evellius, consejero del emperador. Tocado por la gracia, pidió él mismo el bautismo y no tardó en alcanzar la misma gloria que el santo mártir á quien había admirado poco ántes en el suplicio, por su constancia y su virtud 3.

1 De Greppo, p. 103.

2 Magnus in officio Caesaris Neronis fuit. *Martyr. Adonis*, 17 maii.

3 Cujus (Torpetis) constantiam et virtutem quidam conciliarius Neronis, Evellius nomine inspiciens, Christo testimonium reddidit. *Id. id. Martyr. Rom. Ib.*, 11 maii.

Entre estos cristianos de la casa de Neron, debe contarse también, según todas las probabilidades, á la célebre Pomponia Græcina. Esta matrona, ornamento de la corte imperial, era muger de un distinguido guerrero. Al volver á Roma su marido Aulo Pláucio, después de haber triunfado en las Bretañas, la hizo comparecer ante un tribunal de familia, como culpable de adhesión á una superstición extranjera 1. Pláucio le declaró inocente, pero ella pasó su vida en una tristeza continua, y llevó siempre vestidos de luto: he ahí á la mujer cristiana tal como podía representarla un pagano 2. Pero el triunfo del Apóstol, ó más bien el milagro del cristianismo, fué penetrar hasta los departamentos íntimos del emperador é ir á buscar una oveja en el antro mismo del león. Neron tenía una cortesana á quien amaba con furor, y San Pablo la convirtió 3. ¿Cuál era esta nueva Magdalena? Unos han pretendido que era Sabina Poppæa, otras que Actea, y sobre esto no hay más que conjeturas.

Avanzando hacia el Norte del Palatino, se encontraba el *Lupercal*, gruta célebre, al pié de la higuera ruminal, bajo la cual fueron encontrados Remo y Rómulo. A la izquierda y no lejos de la *escalera de la hermosa ribera, ad gradus pulchri littaris*, conservó Roma, durante más de mil años, la cabaña campestre, en que su fundador pasó sus primeros años. 4 Cerca de estos

1 Así acostumbra los paganos designar á la religión cristiana.—Pomponia Græcina, insignis femina, Plautio, qui ovans se de Britanniis retulit, nupta, ac superstitionis externæ rea mariti iudicio permissa. Tacit., *Annal.*, XIII, 52.

2 Véase M. de Greppo, p. 75 y siguientes.

3 Esta conquista le costó la vida. S. Chrys. *adv. oppug. vit. nomast.*, I, 13; op. t. I, p. 48; Greppo, *id.* p. 30 y siguientes.

4 Sed corum vita pastoralis et operosus erat, casis que scede montibus factis arundineis et ligneis operiebantur; quarum una etiam meo tempore perdurat in parte a Palatio in Circum versa, casa Romuli dicta, quam adhuc sacrarum rerum custodes tuentur, nil magnificentius ad-

lugares se eleva hoy la iglesia de San Teodoro. En la cuesta de la colina real, se extiende el valle del *Gran Circo*, señalado por un hermoso recuerdo cristiano. Un día, esto era bajo Diocleciano, se vió en el lugar llamado el Hipódromo de los emperadores, al capitán de la primera compañía de las guardias pretorianas, atado á una columna. Por orden del príncipe, los soldados le dirigían flechas y acribillaban á heridas á su bravo comandante. ¿Cuál era su crimen? El ser cristiano. ¿Cuál era su nombre? Sebastian. ¿Cuál su país? Era francés. 1 Siendo nosotros dos veces compatriotas del mártir, como cristianos y como franceses, imaginaos cuán viva sería nuestra emoción, al pisar aquella tierra gloriosamente humedecida por nuestra sangre!

Sobre la punta oriental del Palatino se elevaba el *Septizonium* de Séptimo Severo. Cada emperador aumentaba y embellecía el palacio Augustal. Para decorar la entrada del lado del Monte Célio, mandó construir Séptimo Severo un soberbio edificio de siete pórticos, levantados unos sobre otros y sostenidos por siete filas de columnas de diferentes formas. 2 Dícese que los *bachilleres*, los *licenciados* y los *doctores* de la época iban á recibir allí sus grados, marcados por cada piso. 3 En 1216, el *Septizonium* estaba todavía tan bien conservado, que podía alojar al Sacro Colegio que eligió Honorio III. 4 Hoy no

quedaban más que los vestigios; el palacio imperial mismo, los templos de los dioses y de los hombres, todas aquellas poderosas construcciones romanas que adornaban el Palatino, han desaparecido enteramente; solo las ruinas informes, cubiertas de zarza, atestiguan la grandeza romana en el centro mismo de su majestad, *Sedes romani imperii*. Los jardines Farnesio y la Vila Palatina, notables por algunos frescos de Rafael, ocupan en gran parte la mesa de la colina; y pacíficos jardineros cultivan alcachofas y pequeñas legumbres en el templo de Apolo, en el palacio de Augusto, bajo el pórtico de Calígula y en el Hipódromo tan ruidoso de los emperadores. Aquí, como en otras partes, solo el cristianismo está en pié. El vencedor de los Césares ha plantado sobre las ruinas de sus palacios, sus columnas triunfales. La iglesia de San Sebastian *alla polviera*, consagra el lugar mismo en que el comandante de las guardias pretorianas, alcanzó su gloriosa victoria; y en el lado opuesto del Palatino, en el lugar del *Septizonium*, se levanta esbelta y graciosa la iglesia de San Buenaventura.

Allí nos esperaba un milagro semejante al que nos sorprendió tan vivamente en la iglesia de los capuchinos. Bajo el altar mayor duerme el sueño de los justos el B. Leonardo del Puerto-Mauricio. El infatigable misionero del Bolonés y de las montañas de la Italia, murió aquí, en 1751, á la edad de noventa y cinco años. Nos fué dado ver de cerca al santo de Dios, milagrosamente preservado de la corrupción de la tumba; diríase que es un anciano dispuesto á despertarse. En la tumba del héroe descansa, como la espada victoriosa al lado del guerrero, la espantosa disciplina, teñida todavía con su sangre. Ella explica, en cierto modo, la incorruptibilidad del santo cuerpo, y parece decir elocuentemente: ¡Mirad! Aquel que sacrifica en

1 El padre de San Sebastian era de la Galia narbonesa y su madre de la Galia cisalpina; véase Mazzol. *San Sebastian*, t. VI, p. 238.

2 *Descript. urb. Rom.*

3 Locum septem solis septem ordinibus columnarum constructum ubi dicitur, quod gradatim ascendentibus et merentibus dabatur gradus scientiarum. *Id., id.*

4 Card. Aragon., *in Vita Greg. IX*, tomo III, pág. 2.



este mundo su vida por Jesucristo, la encontrará gloriosa en la otra. Los armarios, suspendidos en cada lado de la nave, contienen el gran crucifijo y la imagen de la Virgen Santa, que el santo llevaba siempre consigo en sus misiones. El convento, cuyo centro formó la iglesia, está habitado por los hermanos del bienaventurado apóstol, los franciscanos de la reforma de San Pedro Alcántara. Estos religiosos son la edificación de Roma. Bajo su tosco sayal vive la pobreza, la mortificación, la humildad, la obediencia y la pureza de los primeros fieles. Evidentemente la Providencia ha querido que en las últimas edades del mundo, reinase el cristianismo en el Palatino cubierto de ruinas, tan puro, tan victorioso de la carne y del mundo, como en los siglos primitivos, cuando el palacio de Neron ocultaba aquella temible colina bajo el brillo deslumbrador de su magnificencia. Aviso á los que proclaman la muerte del catolicismo.

Recordemos, para acabar, que la víspera de Navidad es en Roma un gran día de ayuno. El pueblo, imitando á los primeros cristianos, se abstiene de todo alimento *hasta las estrellas*, es decir, hasta en la noche; entónces comienzan alegres comidas de familia. Se convidan unos á otros y se reconcilian; sí, se reconcilian, este es un hecho. La comida, escasa y servida sin manteca y con aceite, se prolonga hasta media noche; cuando suena la hora solemne, se cubre la mesa con alimentos sustanciosos y abundantes, y sigue el regocijo. Esta costumbre está de tal modo arraigada, que no hay misa de media noche en Roma, sino en algunos conventos. La primera misa se dice en Santa María la Mayor, á las dos de la mañana.

## 25 DE DICIEMBRE.

Misa papal.—Alabarderos.—Espíritu de conservación de la Iglesia Romana.—Entrada del Santo Padre.—Por qué no lleva el Soberano Pontífice el báculo.—Espada.—Sombrero ducal.—Epístolas y Evangelios cantados en griego.—Consagración.—El Santo Padre comulgado; el diácono en pie. ¿Por qué?—Santa María la Mayor.—El Pesebre.—Detalles.—Descripción.

El bello día de Navidad, día que había yo deseado tanto ver en Roma, se mostró á todo mi gusto en armonía con la fiesta. En Francia y en los países del Norte, quiero que sea muy frío, muy glacial, que las estrellas brillen en el azul del firmamento, que la nieve se rompa al andar, á fin de excitar en los corazones una gran ternura y una viva compasión hacia el Niño divino, que solloza y que llora sobre la paja en su pesebre abierto á los cuatro vientos. En Roma y en los países calientes, á falta de hielo y de nieve, quiero una niebla más ó menos espesa, más ó menos penetrante, y lluvia más ó menos fría, más ó menos abundante. Fuimos servidos según nuestro deseo.

A las ocho estábamos en el Vaticano. Séame permitido decir en elogio de nuestra curiosidad, que fuimos de los primeros. En este día es cosa convenida que no se va á San Pedro á orar, sino á mirar; á ménos que mirar no sea también orar; lo cual creería yo de buena voluntad, tratándose del católico respetuoso que asiste á las ceremonias papales. Como quiera que sea, nos pusimos á mirar. El primer objeto que fijó nuestra atención fueron los alabarderos del papa, de los cuales entró una compañía poco después de nosotros, y fué á colocarse delante de la Confesión de San Pedro, para guardar el lugar reser-

vado. Nada más pintoresco y gracioso que su uniforme. Calzones de negro, rojo y amarillo; coraza redonda de la edad media, con brazales articulados; gola al rededor del cuello; casco redondo de acero, coronado con un penacho rojo; ancho tahalí amarillo y larga alabarda á la antigua, podía decirse que presenciábamos la resurrección de los tiempos caballerescos.

Este espectáculo tan nuevo, sirvió de tema á las reflexiones siguientes: ¡Ved cómo Roma es esencialmente conservadora! Que se recorran todos los Estados de la Europa, y en ninguna parte se encontrará, si no es por acaso entre el polvo de los museos, ese traje de un tiempo que ya no existe. Solo la ciudad eterna le guarda y le expone en el gran día, como una página de historia que cada uno puede leer. Más de una vez sin duda, los turistas pedantes del último siglo debieron sonreír á vista de este inmutable y gótico uniforme; pero el inteligente artista de nuestra época lo admira y lo estudia, mientras que el cristiano bendice el pensamiento que preside á su conservación. Este pensamiento romano se manifiesta en todas partes, lo mismo en las cosas pequeñas que en las grandes. Esas órdenes religiosas, cuyos hijos póstumos recorren las calles y las ruinas de la ciudad pontifical, tales como por ejemplo, los Trinitarios y los caballeros de Malta, ¿qué son á los ojos del observador, sino la traducción viviente del mismo pensamiento? Os parece que la ley debería sancionar una supresión operada ya de hecho; vuestro celo os extravía. Roma, como Dios, cria y conserva, pero no destruye; guarda todas esas órdenes *antiguas*, como las reliquias de un pasado venerable, como los anillos de la cadena tradicional. Es verdad; no irá ya el Trinitario á llevar á Túnez el rescate de los cautivos; pero rescatará otros prisioneros, los prisioneros por el pecado; trabajará en el ministerio

de las almas. De la misma manera, el caballero de Malta no sacará ya su gloriosa espada contra el mahometanismo, pero desempeñará cerca del jefe de la cristiandad nobles funciones, en espera de que los peligros de la fe ó los intereses de la humanidad le llamen á nuevos combates.

El mismo espíritu de conservación se manifiesta en los monumentos de la antigüedad. Si el Austria, la Francia, la Inglaterra, la Rusia ó cualquier otro pueblo, fuese dueño de Roma durante cincuenta años, sería muy de temerse que todo se trastornase y perdiese. El genio de cada pueblo la actividad en unos, la incuria de otros, las colisiones políticas, el espíritu mercantil é industrial, comprometerían rápidamente la existencia de la mayor parte de las ruinas monumentales. Bajo la guarda de la iglesia nada tienen que temer. El genio de la conservación más atento é inteligente, vela por ellas; y Roma permanece un incomparable museo, en donde las costumbres y las cosas de todos tiempos, cuidadosamente conservadas, se prestan al estudio y á la admiración del mundo entero.

De aquí nace involuntariamente una reflexión más alta, y es que, no debe dudarse de que este espíritu de conservación es evidentemente providencial, y la iglesia que lo manifiesta parece decir á sus hijos: "Si yo pongo tanto cuidado en salvar del olvido y de la destrucción usos y monumentos de un interés secundario, ¿cuál pensáis que debe ser mi solicitud por conservar intacto el sagrado depósito de la fe? Confíad en vuestra madre; ella no dejará perecer nada de vuestro divino patrimonio."

El tiempo había huido, y ya eran más de las nueve; la basílica se había llenado con una multitud inmensa, cuando un cañonazo anunció la salida del Santo Padre